

# ¿Por qué EEUU apoya a Israel?

Stephen Zunes

Stephen Zunes es editor de  
*Foreign Policy In Focus*,  
sección de Oriente Medio

“El apoyo creciente que EEUU ha venido brindando al gobierno israelí, al igual que el apoyo que brinda a sus aliados en el resto del mundo, no está motivado fundamentalmente por necesidades objetivas que tengan que ver con la seguridad ni por un compromiso moral con el país en cuestión. Más bien, como ocurre en otros puntos del globo, la política exterior de EEUU está movida principalmente por la necesidad de promover sus propios intereses estratégicos”



12 de junio de 2002

English version: “Why the US Supports Israel”,  
*FPIP Policy Report*:  
<http://www.foreignpolicy-infocus.org/papers/usisrael.html>

Comité de Solidaridad  
con la Causa Árabe

[www.nodo50.org/csca](http://www.nodo50.org/csca)  
e-Mail: [csca@nodo50.org](mailto:csca@nodo50.org)

# ¿Por qué EEUU apoya a Israel?

Stephen Zunes

*FPIF Policy Report*, mayo de 2002

Traducción: CSCAweb

**El apoyo creciente que EEUU ha venido brindando al gobierno israelí, al igual que el apoyo que brinda a sus aliados en el resto del mundo, no está motivado fundamentalmente por necesidades objetivas que tengan que ver con la seguridad ni por un compromiso moral con el país en cuestión. Más bien, como ocurre en otros puntos del globo, la política exterior de EEUU está movida principalmente por la necesidad de promover sus propios intereses estratégicos'**

En EEUU, al igual que en el resto del mundo, son muchos los que se preguntan por qué, salvo alguna leve reprimenda, Washington sigue brindando su apoyo militar, financiero y diplomático a gran escala a Israel, aún cuando las fuerzas de ocupación israelíes han perpetrado violaciones del derecho internacional y los derechos sin precedentes. ¿Por qué todo el arco político norteamericano, apoya de esta manera la política del primer ministro de Israel, el derechista Ariel Sharon, en los Territorios Ocupados?

La estrecha relación que mantienen EEUU e Israel ha caracterizado de manera significativa la política exterior norteamericana durante las últimas tres décadas y media. El Congreso apenas cuestiona los más de tres mil millones de dólares que Washington envía anualmente a Israel en ayuda militar y económica; ni siquiera lo hacen los políticos liberales que tradicionalmente se oponen a la concesión de ayudas de parte del gobierno de EEUU a gobiernos involucrados en la violación de los derechos humanos, o los conservadores que por lo general se oponen a conceder ayudas a otros países. Prácticamente todos los países occidentales comparten el sólido reconocimiento norteamericano del legítimo derecho de Israel a existir en paz y seguridad; sin embargo, esos mismos países se niegan a vender armamento y a ofrecer ayudas a Israel mientras continúe la guerra iniciada en 1967. Ninguno de ellos ha llegado a ofrecer a Israel apoyo diplomático del nivel del que le brinda Washington; EEUU e Israel se quedan a menudos solos en NNUU y otros foros internacionales donde se protesta contra las continuas violaciones del derecho internacional perpetradas por Israel y cuestiones similares.

A pesar de que el apoyo que EEUU ha ofrecido a los sucesivos gobiernos israelíes es frecuentemente racionalizado sobre una base moral (al igual que ocurre con la mayor parte de las decisiones que se adoptan en la política exterior norteamericana), no hay evidencias suficientes que prueben que la política de EEUU en Oriente Medio esté guiada por imperativos morales, a diferencia de lo que pudiera ocurrir en otras partes del planeta. La mayor parte de los norteamericanos comparten un compromiso moral con la supervivencia de Israel como Estado judío, pero este hecho no explica por sí solo el apoyo financiero, militar y diplomático que EEUU brinda a Israel. La ayuda norteamericana a Israel va mucho más allá de la protección de la seguridad israelí dentro de sus fronteras internacionalmente reconocidas. En dicha ayuda se incluye el apoyo norteamericano hacia políticas practicadas en territorios ocupados de manera ilegal, políticas que a menudo violan los principios legales y éticos aceptados por la comunidad internacional.

Si la seguridad de Israel hubiese sido tan importante a los ojos de los políticos norteamericanos, la ayuda que EEUU brinda a Israel habría sido mucho mayor durante los primeros años de

existencia del Estado judío, cuando sus instituciones democráticas eran más fuertes y su situación estratégica más vulnerable. Las ayudas deberían haber ido decreciendo a medida que el poderío militar israelí crecía de manera dramática y su represión contra los palestinos en los Territorios Ocupados iba en aumento. En lugar de esto, la tendencia ha sido justamente la contraria: la provisión de ayuda militar y económica masiva por parte estadounidense no comenzó hasta después de la guerra de 1967. De hecho, el 99% de la ayuda militar que EEUU ha proporcionado a Israel desde el establecimiento de este último Estado solamente llegó cuando Israel demostró ser mucho más fuerte que cualquier combinación posible de ejércitos árabes, y después de que las fuerzas de ocupación israelíes se convirtieran en gobernantes de una parte considerable de la población palestina.

De igual modo, la ayuda estadounidense a Israel alcanza en la actualidad niveles más elevados que hace veinticinco años. En aquel entonces, las fuerzas armadas egipcias (numerosas y bien armadas) todavía suponían una amenaza de guerra; hoy en día, Israel vive en paz con Egipto y existe una zona tapón amplia desmilitarizada y vigilada por observadores internacionales, con lo cual el Ejército egipcio queda lejos. En aquel entonces, el Ejército de Siria se encontraba inmerso en un proceso de rápida expansión gracias al avanzado armamento soviético; hoy, Siria ha dejado clara su voluntad de vivir en paz con Israel a cambio de la devolución de los Altos del Golán, ocupados por Israel; asimismo, la capacidad militar de Siria no ha hecho sino ir en declive, debilitada por el colapso de su antiguo patrón soviético.

También a mediados de los años setenta, Jordania seguía reclamando para sí Cisjordania, y mantenía tropas a lo largo de la frontera y las líneas de demarcación con Israel; hoy, Jordania ha firmado un tratado de paz y ha establecido relaciones diplomáticas plenamente normalizadas con Israel. También en aquel entonces, Iraq se acababa de embarcar en un extenso programa de militarización. Desde entonces, las fuerzas iraquíes han quedado completamente devastadas como consecuencia de la Guerra del Golfo y de las subsiguientes sanciones internacionales y los controles establecidos. Todo lo cual hace que nos preguntemos seriamente sobre por qué la ayuda norteamericana a Israel se ha mantenido y de hecho ha ido aumentando año tras año.

En el hipotético caso de que EEUU cortase absolutamente todos los envíos a Israel, transcurrirían aún muchos años antes de que Israel tuviera que enfrentarse a una amenaza militar mayor que la que existe actualmente. Israel cuenta tanto con una industria de armamento nacional como con una fuerza militar muchísimo más capaz y poderosa que cualquier combinación imaginable que pudieran formar sus oponentes. La posibilidad de que la supervivencia de Israel se vea amenazada militarmente a corto plazo está fuera de la cuestión. Cuando el dominio militar israelí no era tan amplio como en la actualidad, no existía el consenso que hay ahora sobre si EEUU debía apoyar a Israel o no. A pesar de que la reciente escalada de atentados terroristas en el interior de Israel ha dado lugar a un aumento de la preocupación por la seguridad de los ciudadanos israelíes, la inmensa mayoría de la ayuda militar norteamericana no tiene correlación alguna con los esfuerzos en la lucha contra el terrorismo.

En pocas palabras, el apoyo creciente que EEUU ha venido brindando al gobierno israelí, al igual que el apoyo que brinda a sus aliados en el resto del mundo, no está motivado fundamentalmente por necesidades objetivas que tengan que ver con la seguridad ni por un compromiso moral con el país en cuestión. Más bien, como ocurre en otros puntos del globo, la política exterior de EEUU está movida principalmente por la necesidad de promover sus propios intereses estratégicos.

## **Las razones estratégicas del apoyo norteamericano a Israel**

Existe, entre los políticos de ambos lados del espectro político norteamericano, un amplio consenso en la creencia de que Israel ha ayudado a promover los intereses de EEUU en Oriente Medio y otras zonas. Israel ha impedido con éxito la victoria de los movimientos nacionalistas

radicales en Líbano y Jordania, así como en Palestina. Israel ha mantenido a raya a Siria, durante años aliada de la URSS. Las fuerzas aéreas israelíes mantienen su primacía en la región. Las frecuentes guerras libradas por Israel han servido de campo de pruebas para el armamento norteamericano, a menudo contra el armamento soviético. Israel ha servido como conducto para suministrar armamento norteamericano a regímenes y movimientos demasiado impopulares en EEUU como para concederles ayuda militar directa, como el régimen del apartheid en Sudáfrica, la República Islámica de Irán, la Junta Militar de Guatemala, o los *contra* en Nicaragua. Asesores militares israelíes han ayudado a la Contra, a la Junta de El Salvador, y a las fuerzas de ocupación presentes en Namibia y el Sáhara Occidental. Los servicios de inteligencia de Israel han ayudado a los servicios de inteligencia de EEUU en la recogida de información y en operaciones secretas. Israel cuenta con misiles capaces de llegar hasta la antigua Unión Soviética, tiene un arsenal nuclear de cientos de armas, y ha cooperado con la industria militar de EEUU en la investigación y el desarrollo de nuevos aparatos de vuelo y sistemas de defensa antimisiles.

El patrón seguido por la ayuda norteamericana a Israel es revelador. Poco después de la espectacular victoria de Israel en la guerra de 1967, cuando los israelíes demostraron su superioridad militar en la región, la ayuda de EEUU se disparó hasta un 450% adicional. Parte de este aumento estaba aparentemente relacionado, según aseguraba el *New York Times*, con el deseo israelí de ofrecer a EEUU varias muestras de nuevo armamento soviético capturado en el transcurso de la guerra. Tras la guerra civil de 1970-1971 en Jordania, cuando el potencial israelí para reprimir los movimientos revolucionarios fuera de sus fronteras se hizo evidente, EEUU volvió a multiplicar su ayuda por siete. Después de que los ataques de los ejércitos árabes en 1973 fuesen contrarrestados por el mayor despliegue aéreo realizado por EEUU en toda su historia, y mientras Israel demostraba su poderío a la hora de derrotar a un conjunto de ejércitos sorprendentemente fuerte y que además estaban apoyados por los soviéticos, la ayuda militar a Israel se multiplicó en otro 800% adicional. Tal aumento se produjo al tiempo que los británicos decidían retirar sus fuerzas “al este de Suez”, situación que condujo al inicio de las ventas masivas de armamento y la cooperación logística con el Irán del Shah, componente esencial de la *doctrina Nixon*.

Las ayudas se cuadruplicaron nuevamente en 1979 poco después de la caída del Shah, la llegada al poder del gobierno derechista del Likud en Israel, y la ratificación del Tratado de Camp David, en el que se estipulaban una serie de condiciones para un mayor nivel de asistencia militar que lo convirtieron más en un pacto militar tripartito que en un acuerdo de paz tradicional. Merece la pena observar que las ayudas que tradicionalmente se conceden a Israel en virtud del tratado siguieron manteniéndose, a pesar de la negativa del gobierno de Beguin a cumplir con las estipulaciones que hablaban de la autonomía palestina. Muy pronto la ayuda volvió a incrementarse después de la invasión israelí del Líbano en 1982. En 1983 y 1984, cuando EEUU e Israel firmaron una serie de acuerdos sobre cooperación estratégica y planificación militar al tiempo que realizaban sus primeros ejercicios navales y aéreos conjuntos, Israel fue recompensada con una ayuda adicional de 1500 millones de dólares. También recibió otro medio millón de dólares para desarrollar un nuevo avión de combate.

Durante la Guerra del Golfo e inmediatamente después de la misma, la ayuda norteamericana a Israel se incrementó en 650 millones de dólares. Cuando Israel aumentó de manera espectacular los niveles de represión en los Territorios Ocupados, incluyendo la invasión de los Territorios Autónomos palestinos (cuya existencia había quedado estipulada en tratados que contaban con la garantía del gobierno de EEUU), la ayuda norteamericana volvió a incrementarse aún más, volviendo a dispararse una vez más tras los atentados terroristas del 11 de septiembre contra EEUU.

La correlación está clara: cuanto más fuerte y más dispuesta a cooperar con los intereses de EEUU se muestra Israel, mayor es el apoyo que se le brinda.

Por lo tanto, los elevados niveles de ayuda norteamericana que llegan a Israel de manera continuada no tienen su origen en una preocupación por la supervivencia de Israel, sino que son resultado del deseo de EEUU de que Israel siga dominando políticamente a los palestinos y siga ejerciendo su dominio militar sobre la región. De hecho, los líderes de los dos principales partidos políticos estadounidenses no han pedido que EEUU mantenga un equilibrio militar entre Israel y sus vecinos, sino más bien que se asegure la superioridad militar de Israel.

Desde los atentados terroristas en EEUU del 11 de septiembre, ha vuelto a abrirse el debate interno acerca de hasta qué punto EEUU debería respaldar la política israelí, controlada ahora por Ariel Sharon, líder de la derecha israelí. Algunos de los conservadores más pragmáticos en el seno de la Administración Bush, como el Secretario de Estado Colin Powell, han avisado que un apoyo incondicional al apoyo de Sharon durante un periodo de represión sin precedentes en los Territorios Ocupados dificultaría aún más conseguir la plena cooperación de los gobiernos árabes en la campaña de persecución contra las células terroristas afiliadas a la red de al-Qaeda. Algunos de los elementos situados más a la derecha de la Administración, como por ejemplo Paul Wolfowitz en el Departamento de Defensa, han defendido que Sharon es un aliado indispensable en la guerra contra el terrorismo y que la resistencia palestina era, esencialmente, parte de una conspiración terrorista internacional contra las sociedades democráticas.

### **Factores añadidos: el 'lobby' sionista y la derecha cristiana**

El apoyo que EEUU brinda a la ocupación y la represión israelíes no dista mucho del apoyo que en su momento brindó a la ocupación por parte de Indonesia de Timor Oriental (que duró 24 años) o a la ocupación y la represión que Marruecos mantiene en el Sáhara Occidental. Cuando algo conviene a los intereses estratégicos de EEUU, Washington está dispuesto a apoyar las más flagrantes violaciones del derecho internacional y de los derechos humanos practicadas por sus aliados y de impedir que NNUU o cualquier otra entidad les desafíen. No hace falta que ningún grupo de presión de base étnica o afinidad ideológica impulse a los encargados de diseñar la política norteamericana a actuar de un modo diferente a como lo hacen. Mientras los imperativos amorales que rigen la *realpolitik* sigan sin ser cuestionados, la política exterior norteamericana en Oriente Medio y en el mundo no será reflejo de la creencia que desde hace mucho tiempo existe entre la opinión pública estadounidense de que las relaciones internacionales de EEUU deberían estar guiadas por principios humanitarios y éticos.

Algunas de los peores casos de represión apoyados por EEUU han sido efectivamente criticados, y se ha producido un giro en la política norteamericana, como ocurrió en Vietnam, América Central, Sudáfrica, o Timor Oriental. En todos estos casos, los movimientos de base por la paz y la justicia crecieron hasta el punto de que los miembros más liberales del Congreso, de los medios de comunicación, y de otros sectores, se unieron a ellos en la exigencia de detener la complicidad norteamericana en la represión. En otros casos, tal y como ha ocurrido con el apoyo que EEUU ha brindado a la invasión y ocupación del Sáhara Occidental por parte de Marruecos, los norteamericanos preocupados por esta situación son demasiado pocos como para retar al gobierno, de manera que es un caso al que ni congresistas ni analistas prestan atención.

Sin embargo, el caso de Israel y Palestina es diferente. Existen sectores importantes dentro de la población norteamericana que cuestionan la política de EEUU, y sin embargo existe un amplio consenso entre la elite gubernamental y de los medios de comunicación a la hora de considerar el apoyo norteamericano a la ocupación israelí. De hecho, muchos de esos mismos demócratas liberales del Congreso que apoyaron a los movimientos progresistas en otras cuestiones de política exterior están sin embargo de acuerdo con el presidente George W. Bush en la cuestión de Israel y Palestina, por no decir que algunos incluso se sitúan todavía más a la derecha que el propio presidente. Así, mientras los imperativos estratégicos están en la base del apoyo norteamericano a Israel, existen factores adicionales que hacen de la cuestión una batalla muchos más

difícil de librar para los pacifistas y los defensores de los derechos humanos. Citaremos, entre estos factores, los siguientes:

El apego sentimental que muchos liberales sienten por Israel, especialmente entre aquellos miembros de la elite gubernamental y mediática nacidos después de la II Guerra Mundial. Muchos norteamericanos se identifican con la democracia interna israelí, con instituciones socialmente progresistas como los kibutzím, con unos niveles de igualdad social relativamente altos, o con el importante papel que cumple Israel como santuario para una minoría oprimida que ha pasado muchos siglos en el exilio. A través de una mezcla entre el sentimiento de culpabilidad por el antisemitismo occidental, la existencia de amistades personales con judíos norteamericanos que se identifican fuertemente con Israel, y el temor de estar dando alas al antisemitismo sin querer cuando se critica a Israel, existe una gran reticencia a reconocer la gravedad de las violaciones de los derechos humanos y del derecho internacional perpetradas por Israel.

La derecha cristiana de EEUU, que cuenta con decenas de millones de seguidores y constituye la principal base de apoyo del Partido Republicano, se ha lanzado con todo su arsenal mediático y político para apoyar a Ariel Sharon y otros líderes de la derecha israelí. Basándose en parte en una teología mesiánica que ve la congregación de judíos en Tierra Santa como precursora de la segunda venida de Cristo, la batalla entre israelíes y palestinos es, a sus ojos, una simple continuación de la batalla sostenida entre israelitas y filisteos, con Dios en el papel de agente inmobiliario cósmico que ha decidido que la tierra le pertenece únicamente a Israel, por más que ahí estén el derecho internacional y el derecho a la autodeterminación.

Las organizaciones judías (conservadores y centristas) han conseguido movilizar toda una serie de recursos para hacer presión, obtener contribuciones económicas de la comunidad judía en EEUU, y hacer que los ciudadanos presionen a los medios de comunicación y otros foros en los que se elabora el discurso público, todo ello en apoyo del gobierno israelí. Si bien el papel del lobby pro-israelí se exagera muy a menudo —hay quien incluso llega al extremo de afirmar que el lobby judío es el elemento más influyente en la política norteamericana— lo cierto es que el lobby judío ha jugado un papel importante en algunos comicios electorales al Congreso que estaban bastante disputados, así como a la hora de crear un clima intimidatorio entre aquellos que pretenden moderar la política de EEUU, incluyendo a un número cada vez más creciente de judíos progresistas.

La industria armamentística, que contribuye a las campañas electorales al Congreso con cantidades cinco veces superiores a las de AIPAC y otros grupos de presión pro-israelíes, tiene muchísimo interés en apoyar el envío masivo de armas a Israel y otros aliados de EEUU en la región de Oriente Medio. Por ejemplo, es mucho más fácil para un congresista oponerse a un negocio armamentístico de 60 millones de dólares con Indonesia que, por ejemplo, a un negocio de 2000 millones de dólares con Israel, especialmente cuando es tan grande el número de distritos representados en el congreso que cuentan con fábricas productoras de armamento.

El racismo contra árabes y musulmanes, tan extendido en la sociedad norteamericana, que se ve a menudo perpetuado en los medios de comunicación, es otro factor. A todo ello se une la identificación que muchos norteamericanos hacen entre la experiencia sionista en Oriente Medio con nuestra propia experiencia histórica como pioneros en América del Norte: construir una nación sobre la base de valores nobles e idealistas al tiempo que se reprimía y se expulsaba a la población indígena.

El fracaso de los grupos progresistas en EEUU a la hora de plantarle cara a la política norteamericana en Israel y Palestina es también un factor a tener en cuenta. Durante años, la mayor parte de los movimientos pacifistas y de derechos humanos evitaron la cuestión, puesto que no querían ganarse la antipatía de la mayor parte de sus simpatizantes judíos o liberales que apoyaban al gobierno israelí, y temiendo que cualquier crítica vertida hacia la política israelí podría contribuir, aún sin quererlo, a fomentar el antisemitismo. Consecuentemente, y sin ningún tipo de

contrapeso que presionara en otra dirección, los miembros liberales del Congreso apenas tenían incentivos para no derrumbarse ante las presiones ejercidas por los aliados del gobierno israelí. Mientras tanto, muchos grupos de extrema izquierda y otros similares adoptaron una postura fuertemente anti-israelí, no solamente de oposición frente a las políticas israelíes sino también llegando a cuestionar el propio derecho de Israel a existir como tal, dañando gravemente su credibilidad. En algunos casos, especialmente entre los individuos más conservadores y los grupos críticos con Israel, comenzaba a hacer su aparición un cierto antisemitismo latente entre aseveraciones notablemente exageradas acerca del poder político y económico de los judíos, entre otras cosas, alienando aún más a los potenciales críticos con la política de EEUU.

## Conclusión

Mientras el apoyo de EEUU hacia la ocupación israelí se basa, al igual que ocurre con el apoyo que EEUU brinda a sus aliados en el resto del mundo, en la percepción de lo que son los intereses de seguridad estadounidenses, existen otra serie de factores que complican los esfuerzos de los grupos pacifistas y de defensa de los derechos humanos a la hora de plantar cuestionar la política norteamericana. A pesar de la presencia de dichos obstáculos, la necesidad de desafiar el apoyo que EEUU brinda a la ocupación israelí es ahora más importante que nunca. Dicho apoyo no sólo ha conducido a que los palestinos y otros árabes sufran enormemente; en última instancia, también daña los intereses a largo plazo tanto de Israel como de EEUU, con elementos cada vez más belicosos y extremistas que, como reacción, van surgiendo en el mundo árabe e islámico.

En última instancia, no existe contradicción alguna entre apoyar a Israel y apoyar al mismo tiempo a Palestina: la seguridad de Israel y los derechos palestinos no son mutuamente excluyentes, sino que la primera depende de lo segundo. El apoyo norteamericano al gobierno israelí ha conseguido dar al traste en repetidas ocasiones con los esfuerzos de los pacifistas israelíes que intentaban dar un giro a la política israelí, política que Matti Peled, un ex parlamentario israelí ya fallecido, aseguró que estaba “conduciéndonos a una postura de intransigencia cruel”. Quizás la mejor clase de apoyo que EEUU puede dar a Israel es similar a la de ese refrán que dice, “quien bien te quiere, te hará llorar”: EEUU puede seguir apoyando incondicionalmente el derecho de Israel a vivir en paz y seguridad dentro de sus fronteras internacionalmente reconocidas, pero demostrando una voluntad igualmente clara de que se ponga fin a la ocupación. Este es el reto que se les presenta a quienes toman en serio valores tales como la libertad, la democracia, y el respeto por la ley.